

Relato corto

El plan perfecto

(Tres, dos, uno... ¡Entra, Juan! ...)

– ¡Eh, tasi... tasi!

A la tercera conseguí parar uno. Me costó darme cuenta de que los taxis a los que intentaba detener estaban ya ocupados por otras personas, aunque realmente era excusable dado mi lamentable estado de aturdimiento general.

El dentista me había sacado la única muela del juicio que me quedaba porque, según él, era lo mejor para mí, aunque la susodicha no debía estar tan mal porque la condenada se agarraba con fuerza a mi mandíbula... Yo creía que para que no doliera aquella carnicería la anestesia tenía que hacer su trabajo, pero me imagino que a mí me hizo el efecto bastante tarde y, además, tenía pinta de no disminuir hasta la hora de la cena.

Hacía ya más de dos horas que había salido de la consulta y todavía no podía más que balbucear incongruencias. Cualquiera no traduce a la primera un "eheme a da etació de té". A este paso no iba a llegar a tiempo para coger el tren de las siete y media.

Mi novia se iba a entusiasmar con mi visita sorpresa. Toda la semana dando vueltas al fin de semana perfecto tenía que notarse en la eficiencia de mis cálculos: el tren a las siete y media, con llegada a las nueve y veinte. A y media ya puedo estar llamando al timbre de su casa, porque vive justo a dos manzanas de la estación. Podemos salir a cenar a su restaurante chino favorito. Sí, una cena romántica es la mejor forma de celebrar nuestro aniversario de once meses. No hacen falta regalos, porque con la cena ya es suficiente. Cuando celebremos el año completo... ya veremos, habrá que preparar algo más especial todavía. Después de la cena, un poco de baile salsero por los bares de San Juan y entonces...

Bueno, lo que venía después ya no lo recuerdo. En realidad no se cumplió absolutamente nada de lo que había planeado para ese fin de semana perfecto. El tren llegó a las nueve y media, y al bajarme en el andén me sentía eufórico, cual jugador de ajedrez que supiera que el jaque mate estaba ya a la vuelta de la esquina. Fui a los servicios de la propia estación y me repeiné la melena, de estilo cacerolo, con la gomina que había traído en el bolsillo de mi cazadora, en un diminuto frasco. Sonreí al acordarme de la vez que me estuve cachondeando de mi novia la primera vez que me dijo que se iba al baño de señoras para "retocarse" y estar perfecta para mí. Creía que aquellas costumbres sólo debían ejercerlas las actrices, las top models o, como mucho, la presumida de mi tía Luisa cuando va de boda. Con mucha sorpresa me di cuenta de que mi flemón de las cinco y media había desaparecido casi por completo y que mi dicción ya era absolutamente normal. Al menos, mi problema dental había quedado resuelto justo a tiempo.

En fin, ya sólo me faltaban unos cien metros para llegar al portal de Marga, mi querida Marga, para recogerla e irnos a cenar. Era el momento de anunciar mi llegada con una llamada perdida al móvil, como siempre hacía a la hora señalada, cuando me tocaba ir a buscarla a su casa. Me extrañó un poco que su teléfono estuviera “desconectado o fuera de cobertura”. Al principio pensé que se le habría acabado la batería del móvil o algo por el estilo. Seguí andando hacia su casa, sin darle demasiada importancia. Al menos había llamado y en el móvil quedaría constancia.

Allí mismo, en la puerta me topé con su vecina del piso de enfrente, la del segundo izquierda. Estaba saliendo del portal, y como mi cara ya le sonaba de haberme visto con Marga, me saludó amablemente y me dejó entrar, como un vecino más. Por eso no llamé al timbre, y el factor sorpresa hizo el resto. Aquel matiz de sigilo me puso incluso más contento. La sorpresa sería aún mayor, y por lo tanto, más agradable. O, al menos, eso creía yo. En el rellano del primer piso se podían oír unas risitas escandalosas, como de quinceañera. “¡Si parece que es Marga!”, incluso pensé. ¡Vaya que si lo era! ¡Y menuda sorpresa le había dado!...

– Bueno, Juan, la sorpresa nos la puedes contar dentro de un momentito, cuando volvamos después de la publicidad. Hoy, con nosotros, en el Diario de Patricia, “Cómo pillé in fraganti a mi pareja con mi mejor amigo”. No se vayan, enseguida volvemos.

Autora: Ana Osés Erdociain